

aceptar la peor: la dictadura de las sediciones. Lacroix, franciscano fanático, adicto á Danton como al genio de la república, no se atrevía á emitir su parecer ántes que hubiese hablado su señor, temiendo equivocarse de crimen. El mismo Danton parecía estar indeciso por la vez primera. Lo escuchaba todo, concentrando las reflexiones en su alma y encubriendo su pensamiento, por lo comun tan visible en su rostro, con la máscara de la impasibilidad. Pero habia en su inmovilidad y silencio más aflicción que encono. Su fisonomía parecía revestirse de antemano con el luto de la república.

Garat se lamentaba junto á Danton de la inminencia del peligro, de la gravedad del atentado, de las siniestras consecuencias de semejante sacrificio hecho á la fuerza brutal de las masas. Despues, como iluminado de pronto por uno de aquellos repentinos relámpagos que dan alguna luz en medio de la oscuridad, exclamó: «No veo más que un medio de salvacion; pero exige un heroísmo que no se puede esperar en estos tiempos corrompidos». «Habla,—dijo Danton;—nuestras almas se encuentran á la altura de todos los tiempos; la revolucion no ha degradado la naturaleza humana.» «Pues bien,—replicó Garat con timidez, como un hombre que mide el abismo del corazon de otro sin saber si hallará en él el crimen ó la virtud,—acuérdate de las disensiones de Temístocles y Arístides, que estuvieron á punto de destruir su patria, desgarrándola entre dos facciones encarnizadas. Arístides halló la salvacion del pueblo en su grandeza de alma. «Atenienses,—dijo al pueblo que se dividía entre él y su rival,—no tendreis sosiego ni felicidad mientras no precipiteis á la vez á Temístocles y á mí en el abismo donde arrojaís á vuestros criminales...» «Tienes razon»,—exclama Danton, comprendiendo la alusion ántes que Garat la aplicase á las circunstancias. Y levantándose como un hombre que encuentra la salvacion y la abraza, añade: «Tienes razon. Es preciso que la unidad de la república triunfe si es necesario sobre nuestros cadáveres; es preciso que nuestros enemigos y nosotros nos desterremos en número igual de la Convencion, para restituirle la fuerza y la paz. Corro á proponer este partido á nuestros heroicos amigos de la Montaña, y yo me ofrezco el primero á presentarme en rehenes á Burdeos».

Todo el comité, arrastrado por el entusiasmo de la accion y de las palabras de Danton, adoptó este partido que, dejando el honor del sacrificio á los montañeses, salvaba las cabezas de los girondinos, no dando la victoria sino al patriotismo. Garat veía en él la terminacion de una lucha que intimidaba su debilidad; Barere, una continuacion de equilibrio entre las facciones; el mismo Pache, un camino para la suprema magistratura de la república, que se meditaba para él con el título de *gran juez del pueblo*; Danton, por último, un acto de sacrificio personal que ampararía su nombre contra las acusaciones de Setiembre, una prueba de desinterés patriótico que le engrandecería aún en la imaginacion del vulgo, y le daría á fuerza de aprecio esa direccion suprema de la revolucion que aún no habia podido conquistar á fuerza de popularidad.

Pero el entusiasmo se evapora enfriándose, y las resoluciones improvisadas en un consejo, son raras veces adoptadas por la pasion de una gran asamblea. Danton arrastró á algunos amigos, y los demas pidieron tiempo para reflexionar. Hizo tantear á Robespierre, pero éste, más político y ménos generoso, habló friamente de las ilusiones de Danton, y las desvaneció á los ojos de sus amigos. «Su lógica no

le permite abdicar su poder,—dice,—porque no le tiene, sino el encargo del pueblo que le ha enviado al puesto en que queria morir. No se trata de mí,—añade,—sino de mis ideas, que son las del pueblo y del tiempo. No tengo el derecho de abdicarlas. Que tomen mi cabeza, pero yo no la daré. Por otra parte,—añadió,—el abismo de Arístides no es más que un sofisma puro. O Arístides cree que es perjudicial á su patria, y en ese caso debe precipitarse él mismo, ó piensa que la salva, y entónces debe precipitar á sus enemigos: ésa es la lógica. El heroísmo de Danton no es más que la ternura de un corazon débil que cede ante el deber y entrega la revolucion por una lágrima.»

Paralizados por la inflexibilidad de Robespierre Danton, Barere, Lacroix y Garat, se vieron obligados á renunciar á este proyecto, y no hallaron salvacion para la Asamblea sino en la abdicacion pronta y voluntaria de los veintidos. Se esforzaron en convencer á los diputados designados de la necesidad de sacrificarse ellos mismos á la unidad de la república. El patriotismo y el miedo les ayudaron á convencer á cierto número; pero la masa y los jefes prefirieron esperar el crimen y dejarle todo su horror ántes que debilitarle previniéndole. Como Robespierre, respondieron á los negociadores del comité de salud pública: «Que tomen nuestras cabezas; sólo las ofrecemos á la república, pero no á nuestros asesinos».

IV

El comité de ejecucion se hallaba desde entónces en sesion permanente en el ayuntamiento, en una sala inmediata á la del Consejo de la municipalidad. Se componía de Varlet, Dobsent, Dufourny, Hassenfratz y Guzman, satélites todos de Marat. Este les inspiró la idea de hacer retrogradar hácia Paris los batallones de voluntarios que marchaban contra la Vendée, para cercar la Convencion y bloquearla hasta que hubiese entregado los veintidos y la comision de los Doce. Mientras que los emisarios del comité insurreccional partían para hacer volver los batallones, se oyó de nuevo el toque á rebato en los campanarios de Paris, y el tambor de las secciones batió generala en todos los barrios.

Los girondinos, al toque de rebato y de generala, se reunieron por la última vez, no ya para deliberar, sino para estrecharse y fortificarse contra la muerte. La extremidad del peligro y la imposibilidad de retardarlo, el encono del pueblo, que ya no distinguía matices entre ellos, confundiéndolos á todos en las mismas imprecaciones, los envolvían en momento tan supremo en la misma suerte. Cenaron juntos en una casa aislada de la calle de Clichy, entre el estruendo de las campanas, de los tambores y del movimiento de los cañones y arzones que Henriot hacía conducir á la Convencion. Aquellos ruidos siniestros no les arrebataron ni la libertad de ánimo, ni la serenidad de corazon, ni aún los rasgos de alegría que aquellas almas intrépidas se complacían en manifestar en sus últimas entrevistas, como una provocacion á la fortuna ó como halagos á la muerte. Aceptaron su destino, ciñéndose á discutir al fin de la comida sobre la actitud con que les convendría someterse á él, no por su propia salvacion, sino como un ejemplo que debían dejar á la república. Algunas palabras sublimes se oyeron, las cuales quedaron sepultadas en el silencio aquella noche. Todos podían huir, y casi ninguno lo quiso hacer. Petion, tan débil contra la popularidad, fué intrépido contra la

muerte. Gensonné, acostumbrado al espectáculo de los campamentos, y Buzot, cuyo corazón latía á consecuencia de las impresiones que en él habia causado su desgraciada amiga madama Roland, querian esperar la muerte en los bancos de la Convencion, dejándose degollar en ellos, gritando venganza á los departamentos. Barbaroux, con el ardor de la juventud del Mediodía, enseñaba las armas que llevaba entre su ropa, conjuraba á sus colegas á que se armasen, y queria vengarse sacrificando él mismo á los más peligrosos de sus asesinos. Louvet, vituperando aquel heroísmo sin esperanza ni resultado, suplicaba á sus amigos que se escapasen durante aquella noche tumultuosa, para ir á excitar la indignacion y alzamiento de los departamentos. Vergniaud se fiaba como siempre en la suerte y en su genio, y nada queria resolver ántes del suceso; su mismo valor era perjudicial á la energía de sus resoluciones. Se conformaba demasiado con la muerte para tratar de evitarla. La muerte, segun él, se hallaba tan irrevocablemente colocada en todas las sendas de la revolucion, que le era del todo indiferente la eleccion de la que debia emprender. La fuerza que nace de un estado desesperado produce sólo la resignacion. Hay esperanza en el heroísmo. Vergniaud era el más elocuente de los ciudadanos, pero no era un combatiente. «Brindemos á la vida ó á la muerte,—dijo, levantándose de la mesa, á Petion que estaba en frente de él.—Esta noche encubre en su sombra una ú otra de ambas cosas para nosotros. No nos ocupemos de nosotros, sino de la patria. Aunque fuera este vaso de vino mi sangre, lo bebería á la salud de la república.» A las sublimes palabras de Vergniaud sucedieron gritos ahogados de *¡Viva la república!* Los desgraciados girondinos se veian precisados á bajar su voz al dirigir sus últimos votos á su patria, por no ser oidos de aquel pueblo por el cual iban á morir.

El toque á rebato, la generala y los cañonazos de alarma disparados sin interrupcion en el terraplen del Puente Nuevo, los pasos de los seccionarios armados que corrian á sus puestos, les anunciaron que la hora no daba ya tiempo para vacilar. Se separaron sin haber acordado una resolucion unánime. Cada uno se aconsejaba de sus ilusiones ó de su desesperacion, de su valor ó de su debilidad, los unos buscando su salvacion en una fuga nocturna fuera de las barreras de Paris, yendo los otros á esperar el éxito de la sesion en casa de sus amigos no sospechosos de federalismo, y presentándose los más generosos é imprudentes en la Convencion para morir en su puesto. Sus bancos estuvieron desiertos por mucho tiempo en la sesion de la noche, que se abrió á las diez. Ya corria en la Montaña el rumor de su fuga y traicion, cuando la presencia de los más valientes de los veintidos vino á imponer á sus asesinos.

Se habia seguido el plan de bloqueo de Marat. Toda la noche habia estado dirigiendo Henriot alrededor de la Convencion los batallones de voluntarios parisienses que se habia hecho venir de las afueras. Ciento sesenta bocas de fuego y los batallones de las secciones de Paris en quienes ménos confiaba el ayuntamiento, formaban una segunda línea detras del Garrousel. Reinaba un profundo silencio en las filas de aquel ejército de ciudadanos, que presentaba el aspecto, no ya de una sedicion, sino de un campamento, y revelaba la resolucion de dictar medidas á la Representacion nacional, aunque fuera con las bayonetas. El crimen contra la Constitucion estaba ya consumado en el corazón de aquellos hombres.

Al rayar el dia se abrió la sesion, presidida por Mallarmé, como la víspera.

Más moderado que Herault de Sechelles, sabía dar á la violencia la apariencia de la legalidad. La Montaña le habia confiado el cuidado de conservar á la proscripcion toda la dignidad de la ley. Lanjuinais, mirando los bancos casi desiertos de los girondinos, y tanto más alentado en su defensa cuanto más abandonados los veia, pidió la palabra. «¡Abajo Lanjuinais!—le gritan las tribunas.—Quiere encender la guerra civil.» «Mientras sea permitido hacer oír aquí una voz libre,—dijo



Billaud-Varennes.

Lanjuinais,—no dejaré envilecer en mi persona el carácter de representante del pueblo. Diré la verdad. Harto evidente es que estais deliberando hace tres dias bajo la ley de la cuchilla. Un poder rival os domina y os rodea. Dentro no hay más que hombres pagados; fuera, cañones. Se han cometido crímenes que la ley castiga con la muerte. Una autoridad usurpadora ha hecho disparar cañonazos de alarma.» Al escuchar estas palabras, Legendre, Drouet, Turreau y Robespierre el menor se levantan y precipitan hácia la tribuna armados de pistolas para arrojar de ella á Lanjuinais. Legendre le pone el cañon de la suya al pecho; Biroteau, Defermon, Pilastre, Lidon y Penieres acuden al socorro de Lanjuinais. El presidente se cubre. «Desapareció la libertad,—dice entristecido y con solemnidad,—si continúan semejantes desórdenes.» «¿Qué habeis hecho, sin embargo?—prosi-gue Lanjuinais con firmeza.—Nada por la dignidad de la Convencion, nada por

la inviolabilidad de sus miembros, atacados hace dos días hasta en su vida.» «¡Malvado!—le grita Thuriot.—Has jurado indudablemente perder á la república con tus eternas declamaciones y tus calumnias.» «Existe una asamblea usurpadora que conspira, delibera y obra,—continúa diciendo el impasible orador.—Un comité directivo enciende la guerra civil, ¡y aún existe esa municipalidad rebelada! Anteayer, cuando esa autoridad rival y usurpadora os hacía rodear de armas y cañones, venían á traeros esa petición, esa lista de proscripción de vuestros colegas, hallada en el fango de las calles de París.» Al oír esto, las tribunas y la Montaña parecen desplomarse sobre Lanjuinais. La multitud que se apiña á las puertas y corredores lanza gritos de muerte y rechaza hasta las gradas de la tribuna á los ujieres y guardias de la Convencion. Aquellos alaridos, aquellos puños levantados, aquellos ademanes homicidas, aquellas armas que resuenan á algunos pasos de él, no comunican el más ligero temblor al acento de Lanjuinais. Concluye pidiendo la represión de la municipalidad á pesar de verse bajo el hierro de sus sicarios.

Una diputación de las autoridades revolucionarias de París le sucede. «Delegados del pueblo,—dice,—hace cuatro días que París no ha depuesto las armas, y hace también cuatro que sus reclamaciones se ven burladas. La antorcha de la libertad se ha oscurecido, las columnas de la igualdad se han conmovido. Los contrarrevolucionarios levantan sus cabezas insolentes. ¡Tiemblen, por fin! El rayo que va á pulverizarlos está retumbando. Representantes, conocemos los crímenes de los facciosos de la Convencion. Salvadnos, ó nos vamos á salvar nosotros mismos.»

Billaud-Varennes propone que esta petición sea inmediatamente enviada al comité de salud pública y se discuta sin levantar mano. La Llanura pide el orden del día. «La orden del día—exclama el impaciente Legendre—es la de salvar la patria.» Al ver la perplejidad de la Convencion, al oír las palabras de Legendre que parecen una señal convenida entre la Montaña y el pueblo, salen tumultuosamente de las tribunas algunas mujeres y unos pocos espectadores gritando: «¡A las armas!» Las puertas ceden con estrépito al impulso de la multitud, y la Convencion se cree por un momento forzada en su recinto. «¡Salvad al pueblo de sí mismo!—exclama un diputado de la derecha llamado Richon.—¡Salvad la cabeza de vuestros colegas decretando su arresto provisional!» «No, no,—responde con majestuosa intrepidez el generoso Lareveillere-Lepeaux, hombre en quien el sentimiento religioso fortalecía el deber,—no, nada de debilidad. Todos participaremos de la suerte de nuestros colegas.»

Pero algunos de estos hombres que infunden el terror pánico en los corazones y confunden la cobardía con la prudencia, continúan pidiendo á voces el decreto de prisión contra sí mismos. Levasseur, amigo de Danton, se lanza á la tribuna. Enemigo de la Gironda, pero enemigo leal, quiere purificar la Convencion sin derramar la sangre de sus colegas. «Nos piden—dice—el arresto provisional de los veintidos para protegerlos contra el furor del pueblo. Yo sostengo que lo deben ser definitivamente si lo han merecido; y lo merecen, como voy á probarlo.» Al oír esto, las proposiciones de Levasseur son aprobadas de antemano con prolongados aplausos que hacen conocer á los girondinos que están ya entregados. Levasseur prosigue, y en un discurso extenso enumera los crímenes atribuidos á los giron-

dinos, sosteniendo que aunque fueran inocentes recaen sospechas sobre ellos, y que como sospechosos, deben ser detenidos y juzgados legalmente por la Convencion.

El silencio con que es escuchado Levasseur manifiesta el combate interior que trabaja la conciencia de la Asamblea. Barere, aguardado con impaciencia, llega por fin del comité de salud pública, y sube á la tribuna para leer el dictámen de este comité. Su fisonomía, violenta cuando mira á la derecha, risueña cuando se dirige á la Montaña, revela de antemano las resoluciones de que es órgano é inspirador. «El comité,—dice lacónicamente,—por respeto á la situación moral y política de la Convencion, no ha creído deber decretar el arresto, pero sí que debía dirigirse al patriotismo y generosidad, y pedir la suspensión voluntaria de su poder, única medida que puede terminar las disensiones que asedian la república, restituyéndola á la paz. El comité, por lo demás, ha tomado todas las medidas para poner á los miembros de que se trata bajo la salvaguardia del pueblo y de la fuerza armada de París.»

V

El silencio glacial de la Montaña y los murmullos de disgusto de las tribunas prueban al momento á los girondinos que esta medida no satisface aún sino á medias la impaciencia de sus enemigos. Algunos se apresuran á aprobarla como un medio de salvación que van á perder si deliberan. Isnard, el más fogoso de entre ellos en otras ocasiones, y ahora el más desalentado y humilde, sube con la frente baja las gradas de la tribuna, como para expiar el primero su blasfemia contra París. «Cuando se pone en la misma balanza á un hombre y la patria,—dice con resignado acento,—estoy siempre con la patria. Lo declaro, si mi sangre fuese necesaria para salvar mi patria, sin otro verdugo que yo mismo, llevaría mi cabeza al cadalso, y desprendería por mi mano el hierro fatal que hubiera de cortar mis días. Se nos pide nuestra suspensión como única medida capaz de precaver los grandes males que nos amenazan. Pues bien, me suspendo á mí mismo, y no quiero otra salvaguardia que la del pueblo.» Isnard baja entre las aclamaciones de los unos y el desprecio de los otros. Lanthenas, el débil amigo de Roland, imita á Isnard. «Nuestras pasiones, nuestras divisiones—dice—han abierto un abismo bajo nuestros piés. En él deben precipitarse los veintidos miembros denunciados.» Fauchet, ansioso de hallar un asilo en la indulgencia del pueblo, se apresura á hacer su sacrificio á la patria ó al miedo. También cede el anciano Dusaulx, abatido por la edad y el estudio. Cada una de estas abdicaciones va cubierta y acompañada de aplausos. La Convencion, satisfecha, cree libertarse de una purificación dolorosa con la patriótica de aquellas abdicaciones voluntarias.

Lanjuinais, sin embargo, se levanta y sube por la última vez á la tribuna. «Creo,—dice con el resuelto acento de la conciencia,—creo haber mostrado hasta ahora bastante energía para que no esperéis de mí ni suspensión ni dimisión.» Al oír la altivez de esta declaración, la Montaña, las tribunas y el pueblo que inunda el salón responden con imprecaciones y amenazas de muerte. Lanjuinais recorre con mirada desdeñosa aquella multitud, cuyos ademanes le hieren de lejos y cuyos improperios ahogan su voz. Un momento de silencio permite en fin á la indigna-